

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO



MAUCCI H<sup>os</sup> MEXICO



BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

---

LA CASCADA DE PLATA

ó

LA BARBA DE QUETZALTCOATL

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relox. 1  
1900



## La Cascada de Plata



Muy terrible es la historia que voy á referir á mis amados lectorcitos mexicanos.

Se trata de contar las aventuras de un príncipe, hijo de un cruel rey zapoteca que lo quiso sacrificar injustamente y que, desde el valle fértil y hermoso de Oaxaca, fué peregrinando hasta llegar á la selva de Chapultepec.

Porque habrás de saber que entonces

todo lo que hoy vemos en los alrededores de Chapultepec, Tacuba y Tacubaya, no era sino un inmenso bosque...

\*  
\* \*

El príncipe que huyó de la familia del padre cruel se llamaba «Piedra-Redonda», porque era chaparro, fuerte y aguerrido.

\*  
\* \*

Llegó á Chapultepec buscando á una princesa mexicana, á quien había visto una noche en sueños, y que había oído que le dijo:

— «Oye, gran príncipe Piedra-Redonda, tú que has nacido en los valles hermosísimos de Oaxaca, yo vengo entre las muchedumbres que desde hace muchos siglos salieron del misterioso lago de «Afz-

tlán». Me quieren sacrificar á «Huitzilopochtli», el Dios de la Guerra... ¡ven á salvarme!...»

\*  
\* \*

Entonces el príncipe, después de haber soñado con la hermosa «Flor de los Lagos», que así se llamaba la preciosísima niña que vió en sueños, se dirigió á gran carrera, sin descansar ni de día ni de noche, atravesando horrorosas sierras hasta llegar á Chapultepec.

Mas ¿cuál sería su sorpresa cuando, al internarse, siente el joven que sus pies se hunden en el suelo... quiere avanzar y se hunde más... ¿en dónde?... en un lodo horrible... y de ese lodo saltan culebras verdes, con alas coloradas; y esas culebras van volando por el aire, dando colazos á la cabeza del pobre príncipe, y saltan también chapulines, ranas y sapos, formando una nube espesa.



El joven «Piedra-Redonda» agarra su «macana» y se defiende de todos aquellos animales; porque en la punta de un ahuehuete oye cantar á un zentzontle esta canción amarga y tristísima:

Sé que tu aflicción es honda  
Y no cede á los halagos...  
Te amaré «Piedra-Redonda»  
La bella «Flor de los Lagos»  
Sigue príncipe en tu afán  
Y cede á tu desventura,  
Nunca encontrarás la pura  
¡Flor de Tenoxtitlan!»

. . . . .

\*  
\* \*

El príncipe «Piedra-Redonda» al sumergirse en las aguas oyó este clamor, y comprendiendo que el Bosque y la Alberca estaban encantados, al verse en-

vuelto entre inmensas sábanas negras de animales inmundos y de peces y culebras, gritó:

—¡Oh, «Flor de los Lagos» manda en auxilio mío al genio de la bondad; mi única culpa ha sido aborrecer al feroz «Huitzilopochtli!»



En aquel instante el joven sintió que

una enorme serpiente se le enroscaba en el cuerpo, y mordiéndole la cabellera lo sacaba fuera del agua... entonces vió con terror que la sierpe despedía llamas, unas inmensas llamas color de sangre, y que de sus puntas arrojaban otras sierpes de fuego enroscándose, mordiéndose y luchando en una batalla tremenda; y vió que mientras más pedazos se hacían las sierpes de sangre vomitaban más serpienteitas... y oyó que silbaban y que luego rugían, y que después bramaban... y que en el trueno de su bramido vociferaban espantosamente:

¿A quién nuestro eco no aterra?  
Vamos del espanto en pos:  
¡Somos las hijas del dios  
Formidable de la guerra!





Al escuchar semejantes truenos y ver tanta llama y tanto fuego, el joven creyó que iba á morir; pero se acordó del sueño sublime que había tenido, y con valor se dirigió hacia el ejército de serpientes rojas que lo rodeaban, gritándole:

«De ánimo fuerte  
Tengo el valor;  
Venzo á la muerte  
Con el amor.  
De mis halagos  
He de sentir  
«Flor de los Lagos»  
Dolores mil.»

Apenas hubo murmurado estas frases, cuando el ejército de serpientes se desvaneció por completo; la sangre luminosa se transformó en un blanquísimo nácar, en una tenue claridad de luna...

De pronto apareció la venerable y hermosa figura de un anciano de barba blanca como la virtud, y de ojos de pupilas de tinta azul, como la del cielo; y así le dijo el anciano al infortunado joven que se ahogaba en la Alberca:

— «Príncipe zapoteca que abandonando el valle de Oaxaca buscas á la princesa «Flor de los Lagos», te diré que no la encontrarás nunca sino la persigues con alas del águila más grande que haya en el mundo.»

— «¿Y dónde encontraré esa águila,— preguntó el príncipe.»

— «Cuando te bañes en la cascada de plata de la barba de «Queltzaltcoatl.»

— ¡Oh genio del Bosque de Chapultepec, sálvame! ¡Haz siquiera que no me ahogue en estas aguas negras de tus albercas; envuélveme en el heno gris y fresco de sus arboledas espesas... ¡oh noble ge-

nio del gran Chapultepec! encúbreme para que vaya á bañarme en la cristalina barba de plata del gran «Quetzaltcoatl», para poder encontrar después del baño divino á mi princesa mexicana que vaga errabunda y triste por entre las fangosas márgenes de la gran laguna... ¿dónde podré encontrar el águila que me salve, oh genio de Chapultepec?

Al acabar de decir estas palabras, hubo una gran sombra y se oyó un rumor de alas inmensas... ¿qué era?... era una águila.

Si vacilas un momento eres perdido, dijo á lo lejos melancólicamente un zentzontle; un ruiseñor murmuró en lontananza: sube al águila, báñate en la cascada de plata de «Quetzaltcoatl», y puro y limpio con las aguas del sagrado baño argentino, la princesa «Flor de los Lagos» te dará su corazón.



\*  
\* \*

El príncipe no vacila: en medio de la noche, irguiéndose sobre las aguas negras, y antes de que la serpiente que aún quedaba se arrojara sobre él, montó en



la enorme águila y, sobre ella, se elevó á las alturas... cruzáronse espacios, va-

lles anchurosos, dejando abajo las cúspides de las montañas y, por fin, á la mañana siguiente se encontró frente á una grandiosa cascada que vertía chorros de plata líquida; más antes de llegar á ella el águila desapareció repentinamente, y el príncipe quedó en el aire arrebatado por el huracán. Entonces, tendiendo los brazos hacia la cascada luminosa, que desde lo alto de una montaña altísima se desprendía, exclamó: «Oh cascada de luz! tú eres la bondad y el amor, eres blanca, me bañaré en tus hilos de plata para que limpio, pueda ir á acercarme á la «Flor de los Lagos».

Una espantosísima serpiente roja, con alas negras, fué volando á querer devorarlo, pero ya había caído el príncipe en la hermosa cascada de brillantes

. . . . .

Un momento después aparecía al borde

de un lago precioso, en cuyas márgenes había magníficos jardines; y al joven se le apareció un alto y venerable anciano con una barba blanca que le llegaba hasta los pies, como en una cascada de hilos de plata.



— «Yo soy «Quetzatlcoatl», vengo del país del Sol á traer la luz á estas regio-



nes, donde quiere dominar mi enemigo el dios rojo, Huitzilopochtli, el dios de la guerra: tú, que con paciencia y sin infamias has buscado constantemente á la hermosa «Flor de los Lagos»; tú, que has luchado en las aguas y en los aires, que montado sobre una águila venciste á las serpientes, para bañarte luego en la cascada de plata de mi barba... ¡sé feliz!... ve á buscar á la joven «Flor de los Lagos.»



. . . . .

Y sucedió que después de tan terribles aventuras, como las que acabo de referir á mis buenos lectorcitos, el príncipe del valle de Oaxaca, se unió con la joven princesa mexicana «Huitmatxochitl» ó sea «Flor de los Lagos», á cuyo lado fué

feliz muchos años, y teniendo diez hijos guerreros y cinco hijas princesas, que tuvieron aventuras curiosísimas, que he de referir en otra narracioncita como esta.

---

Véase el cuento instructivo, moral y divertidísimo:

*La Batalla del Aguila con la Serpiente*

ó

EL TRIUNFO DEL VALOR AZTECA

